

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department
of

2009

¿Ángeles en la batalla?: Representaciones de la enfermera en Champourcin y Urraca Pastor durante la guerra civil española

Iker González-Allende

University of Nebraska-Lincoln, igonzalezallende2@unl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>

 Part of the [Modern Languages Commons](#)

González-Allende, Iker, "¿Ángeles en la batalla?: Representaciones de la enfermera en Champourcin y Urraca Pastor durante la guerra civil española" (2009). *Spanish Language and Literature*. 35.

<https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/35>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

¿ÁNGELES EN LA BATALLA?: REPRESENTACIONES DE LA ENFERMERA EN CHAMPOURCIN Y URRACA PASTOR DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

IKER GONZÁLEZ-ALLENDE
University of Nebraska-Lincoln

Durante la Guerra Civil Española (1936-39), tanto en el bando republicano como en el sublevado numerosas mujeres se ofrecieron como voluntarias para cuidar a los heridos, incluso careciendo de experiencia previa en cuestiones sanitarias. En palabras de Mary Nash, “en la retaguardia y en las trincheras la enfermería era uno de los ámbitos más importantes de la movilización femenina” (*Rojas* 215). Esto explica que desde el inicio del conflicto bélico la figura de la enfermera se mitificara, creándose romances y carteles en torno a ella (Greene 128). En opinión de Miriam Basilio, la imagen de la enfermera en la España republicana, junto con otras figuras femeninas tradicionales como las madres o las costureras, sirvió para contrarrestar las ansiedades masculinas producidas por la presencia de mujeres en el frente o en las fábricas (34).

Esta admiración hacia la enfermera se basa en parte en su identificación con el modelo positivo de feminidad que la sociedad patriarcal postula. Así lo expresa Jean Bethke Elshtain:

Compatible with noncombatant status, field nursing places women near the arena of danger but not in the

thick of things, locating them figuratively in a familiar (family) way in relation to the dead and dying: women succor, soothe, heal, tend, offer solace. They promise a “woman’s touch,” a remembrance of home, a dream of surcease and comfort. War nurses were angels of mercy. (183)

De esta manera, la labor de la enfermera durante la guerra se consideró como una transposición de su función maternal; es decir, como una proyección en el espacio público del papel que la mujer tradicionalmente desempeñaba en el espacio privado: el “ángel del hogar” se convertía así en el “ángel del herido”. Por lo tanto, el trabajo de enfermera no se veía como un compromiso político, sino más bien como un servicio al hombre que lucha por salvar la nación. Helen Graham expresa la misma idea en referencia a la situación de la mujer en la España de los años treinta: “Women on the left [...] were being mobilized, as they were on the right, according to conventional constructions of gender: in supportive, pastoral or welfare capacities [...]” (108). Mary Nash señala que esta concepción conservadora de la feminidad en la España de la primera mitad del siglo XX se debía, entre otros motivos, a teorías médicas como las de Gregorio Marañón, quien sostenía que las mujeres no eran inferiores a los hombres, sino simplemente diferentes, dotadas de manera natural para entregarse por completo al esposo y a la familia (*Rojas* 43-44).¹ Esta idea de que la mujer, por el hecho de poder ser madre, instintivamente tienda a cuidar a los demás ha sido criticada por estudiosas feministas como Nancy Chodorow, quien considera que la capacidad maternal de la mujer no se explica por razones biológicas, sino culturales: “Girls are taught to be mothers, trained for nurturance, and told that they ought to mother” (31).

En numerosas novelas publicadas durante la Guerra Civil Española se hallan personajes femeninos secundarios que trabajan voluntariamente como enfermeras. Sin embargo, no resulta tan común encontrar obras en las que recaiga sobre las enfermeras el protagonismo de la narración, lo cual es indicativo del papel subalterno que se le asigna a la mujer en

momentos de crisis nacional y, en general, en las teorizaciones de los nacionalismos. En el bando sublevado se escribieron más que en el bando republicano novelas protagonizadas por enfermeras, tales como *La enfermera de Ondárroa* (¿1938?), de Jorge Villarín y *Princesas del martirio* –escrita durante la guerra, pero publicada en 1940–, de Concha Espina.² En estas obras las enfermeras se presentan como dechados de bondad a través del uso de la retórica religiosa. Por ejemplo, en la novela de Espina las tres jóvenes protagonistas que trabajan como enfermeras durante la guerra terminan muriendo como mártires a manos de los republicanos.

Curiosamente, otras dos narraciones en las que las enfermeras desempeñan un papel protagonista fueron escritas por mujeres: *Mientras allí se muere*, de la republicana Ernestina de Champourcin, que consiste en dos relatos que se publicaron respectivamente en la revista *Hora de España* (1938)³ y en la revista mexicana *Rueca* (1941),⁴ y *Así empezamos: Memorias de una enfermera* (1939), de la carlista María Rosa Urraca Pastor, quien relata sus vivencias como enfermera en el frente. En este artículo me propongo estudiar la representación de la enfermera en estas dos obras, enfocándome en la construcción de su feminidad y su relación con la nación. De forma semejante a otras narraciones con enfermeras, ambas autoras, a pesar de sus diferencias ideológicas, defienden una concepción similar de la mujer a través de la idealización de la enfermera como figura maternal y angelical que se entrega a su labor de manera abnegada. Sin embargo, estas obras resultan sorprendentes en la narrativa producida durante la Guerra Civil Española porque contienen momentos en que los personajes femeninos contradicen la ideología oficial que supuestamente representan, lo que provoca fisuras en la imagen de la enfermera modélica que tanto los republicanos como los sublevados deseaban transmitir.

Champourcin y Urraca Pastor tuvieron un papel bastante relevante en las letras y la cultura españolas de los años treinta. Como es sabido, Ernestina de Champourcin (Vitoria, 1905-Madrid, 1999) fue una de las poetisas más destacadas de la denominada Generación del 27.⁵ Participó activamente en el Lyceum Club Femenino, el primer grupo cultural de muje-

res en España. Champourcin simpatizaba con la República, y de hecho, su marido, el poeta Juan José Domenchina, era amigo personal de Manuel Azaña. En 1939 se exilió a México, país en el que vivió hasta 1973, cuando decidió regresar a España. Ya en el exilio, Champourcin perdió interés por la política (Ascunce 23) y se fue acercando cada vez más a posiciones conservadoras y ultracatólicas.

Por su parte, María Rosa Urraca Pastor nació en Madrid en 1907, pero muy joven se trasladó con su familia a Bilbao, donde estudió la carrera de Magisterio. Perteneció a la asociación carlista de mujeres, Las Margaritas, la organización política femenina más antigua de España, que debe su nombre a Margarita de Borbón, esposa de Carlos VII (Martínez Martín 249).⁶ Urraca Pastor participó activamente en el ámbito público español de los años treinta: por ejemplo, en las elecciones de 1933 se presentó como candidata a diputada por parte de la coalición de derechas de Guipúzcoa, mientras que en 1937 fue nombrada Delegada Nacional de Asistencia a Frentes y Hospitales (Ugalde 431). Tras la guerra, con la disolución de las Margaritas, el protagonismo de Urraca Pastor fue eclipsado por Pilar Primo de Rivera, la fundadora de la Sección Femenina de la Falange.⁷

En el primer fragmento de *Mientras allí se muere* se relata la vida de Camino, que trabaja como voluntaria en un hospital de Madrid y que colabora a veces con una amiga suya, África Millares –nótese la caracterización onomástica–, en un refugio para niñas en lo que antes había sido un convento de monjas. El segundo fragmento se centra exclusivamente en el hospital, sin la presencia de África. En él se incluyen nuevos personajes, mayoritariamente otras jóvenes que trabajan como voluntarias atendiendo enfermos. En ambos relatos se ofrece una panorámica del ambiente de la capital: el extremismo de los milicianos, la llegada a Madrid de habitantes de las afueras, el cambio en la forma de vestir y la variedad de actitudes ante la guerra. Ahora bien, la distancia temporal y geográfica de los dos fragmentos explica la existencia de importantes diferencias entre ellos, lo que provoca que en su conjunto nos encontremos ante una obra híbrida. Así, mientras que en el primer fragmento Champourcin es capaz de

desarrollar la situación social de la lucha fratricida a la vez que expone la psicología de Camino, en el segundo el deseo de ofrecer una imagen globalizadora de la contienda provoca que se desdibuje la personalidad de la protagonista y el resultado final es una sensación de *totum revolutum* sin un claro hilo narrativo. Quizás el mayor contraste entre los dos fragmentos radique en la presencia de la ideología republicana, ya que en el primero, debido a la figura de África y a la crítica a la educación religiosa, hay un mayor componente político, el cual casi desaparece por completo en el segundo fragmento, posiblemente porque cuando lo escribió se encontraba ya exiliada en México y allí le dejaron de interesar las cuestiones políticas.

A diferencia del componente ficcional de la obra de Champourcin, *Así empezamos*, según las palabras iniciales de la autora, "es un mosaico de episodios, anécdotas e impresiones íntimas casi todas publicadas ya en la prensa" (7). Se trata de un texto heterogéneo, ya que se incluyen alocuciones de Urraca Pastor realizadas en la radio, sus apuntes en el frente en forma de diario, crónicas y artículos de periódico escritos por ella, cartas que le envían, o boletines que la citan y tratan sobre ella. La autora constantemente insiste, ya desde el título, en que los que lucharon en los primeros momentos del alzamiento militar tienen más mérito que los que les siguieron después, ya que al principio, según su opinión, no disponían apenas de materiales suficientes para combatir. El libro se divide en nueve apartados, la mayor parte de los cuales hace referencia a las distintas zonas que visitó la autora durante la guerra.

A pesar de que ambos textos no pertenezcan al mismo género literario, su comparación se justifica porque las narraciones de Champourcin poseen un fuerte componente autobiográfico, ya que al igual que su protagonista, la autora nació en el seno de una familia acomodada y durante la Guerra Civil trabajó como voluntaria en un hospital dirigido por Lola Azaña, mujer del presidente de la República (Landeira 155). Por su parte, aunque la obra de Urraca Pastor es testimonial y está escrita mayoritariamente en primera persona, en ella la autora también está construyendo su propio

personaje tamizado por la imagen que desea transmitir de sí misma, la cual no tiene por qué coincidir necesariamente con la realidad. Además, incluye algún relato ficcional, como veremos más adelante. Por otro lado, el hecho de que las dos obras sean discursivamente heterogéneas facilita también su cotejo, ya que precisamente esa heterogeneidad posibilita la aparición de algunas contradicciones respecto a los discursos oficiales de republicanos y sublevados.

En los textos de ambas escritoras la figura de la enfermera posee las cualidades que normalmente la sociedad patriarcal considera adecuadas para la mujer. Así, tanto Champourcin como Urraca Pastor enfatizan la alegría y la dedicación como características esenciales de la enfermera. Por ejemplo, Champourcin escribe que Camino “iba y venía de uno a otro risueña y complaciente” (1: 66). La sonrisa constituía un rasgo indispensable de la mujer desde la visión tradicional. A pesar de la ideología republicana de Champourcin, aquí coincide con los postulados que defendía el franquismo. Como explica Carmen Martín Gaité, en los años cuarenta a la chica casadera se le pedía que sonriera (40) y se le transmitía el mismo mensaje a través de la novela rosa, con escritoras como Carmen de Icaza, quien escribía que “la vida sonríe a quien le sonríe, no a quien le hace muecas” (43). El punto nueve de la Sección Femenina de la Falange insistía en la misma idea: “Obra alegremente y sin titubear” (Martínez Martín 252).⁸

Además de la sonrisa, otra cualidad que las autoras destacan de la enfermera es la paciencia. Así se expresa este rasgo en la protagonista de Champourcin: “Camino, cuando después de colocar veinte veces un miembro escayolado o mullir de mil modos una almohada, sin conseguir que el enfermo se quedara a gusto, oía de sus labios despectivos: ‘eres una señorita’, o bien, ‘tienes las manos demasiado finas para una enfermera’, se limitaba a sonreír hacia dentro, sin cansarse jamás de repetir los gestos que se le pedían” (2: 28). En esta cita se aprecia el estoicismo de la enfermera y su capacidad de continuar su tarea a pesar de las imprecaciones de los heridos.

El sacrificio no es sólo una característica propia de las enfermeras, sino de todas las mujeres dedicadas a diversas tareas en la retaguardia. En el caso de Camino y sus compañeras, debido a su pertenencia a la alta clase social, hasta entonces no habían realizado ningún tipo de labor doméstica y a pesar de ello "barrieron, fregaron y guisaron en una semana por toda su vida, con un celo meticuloso que hubiera bastado para redimir la culpable blandura de tantas molicias pasadas" (1: 59). Por lo tanto, la guerra provocó que estas mujeres burguesas tuvieran nuevas experiencias y conocieran el duro trabajo que supone ayudar a los demás. Ahora bien, estos nuevos papeles o funciones en el fondo reforzaban la visión conservadora y doméstica de la mujer. De hecho, las labores tradicionales que desempeñó la mujer republicana durante la guerra tras la prohibición de su participación como miliciana resultan decepcionantes si se comparan con su situación de avance y de mayor independencia durante la Segunda República.

Urraca Pastor enfatiza similares características de sacrificio cuando describe a una Margarita burgalesa que la acompañó para ayudarla en las tareas sanitarias: "Era un sol de guapa, un encanto de buena y como unas castañuelas de alegre. ¡Qué bien se portó! ¡Qué valerosa y abnegada!" (16). En esta cita, además de destacar su alegría y su capacidad de sufrimiento y de entrega, la autora no se olvida de comentar la belleza de la joven.⁹ En este sentido, hay que recordar que en las narrativas nacionalistas, al presentar al héroe o la heroína, las cualidades morales positivas van siempre acompañadas del atractivo físico (Mosse 139).

Cuando se refiere a su propia labor, Urraca Pastor utiliza también términos que resaltan el sacrificio, algo que considera propio de todas las mujeres: "yo no tengo aquí otros títulos ni otros distintivos de jerarquía que los de la abnegación y la caridad propia de mi sexo, que me lleva a los frentes de combate" (113). Por otro lado, mientras que la protagonista de Champourcin sufre el peligro de los bombardeos, Urraca Pastor menciona experiencias más traumáticas debido a que se encontraba en un hospital del frente. Por ejemplo, tiene que soportar la carencia de alimentos y la artillería enemiga,

y padece asimismo un gran cansancio físico: “Regresaba de aquel servicio con el pelo lleno de tierra, el traje de barro y las manos, brazos y cara arañados por las zarzas por haberme tenido que arrastrar tantas veces” (43). En definitiva, las penalidades que soportó Urraca Pastor, según su relato, fueron mayores que las pasadas en un hospital de la retaguardia y a veces se asemejan a las de un soldado por encontrarse también en primera línea de fuego. Obviamente, no hay manera de comprobar la veracidad de estas afirmaciones, pero lo que es indudable es que la autora desea recrearse en los sufrimientos que padeció, así como en su participación activa en una serie de actividades peligrosas en el frente, para erigir un aura de martirio y prestigio en torno a ella.

En los textos de las dos autoras, la relación que se establece entre la enfermera y los heridos es similar a la materno-filial. Se acaba de comentar que la enfermera tiene como características la amabilidad, la alegría y el espíritu de abnegación, cualidades que generalmente se suelen asociar con las madres. Camino prodiga cariño y atención maternales a los enfermos: “Era tan nuevo todo, que a veces los trataba con mimo excesivo, casi impropio, y los movía con un temor absurdo, como si se fueran a romper” (2: 28). La propia narradora nos indica que la protección que la protagonista ofrece a los heridos resulta exagerada, lo que quizás se pueda explicar por su falta de experiencia. A pesar de ello, los enfermos constantemente necesitan la ayuda de Camino y terminan estableciendo una relación de dependencia con ella, como lo demuestran reproches como los siguientes:

- ¡A mí no me han lavado todavía!
- ¡Yo necesito un pañuelo!
- ¡Qué olvidados nos tienes hoy!
- ¿Sabes lo que hay de almuerzo? (1: 66)

En estas intervenciones de los heridos se aprecian la impaciencia y la alteración propias de los niños, así como su necesidad de que les presten atención. La narradora llega a identificar a los enfermos y a los niños de manera explícita: “Tarde o temprano acababan por quererla aquellos milicianos

impetuosos e indisciplinados que en manos de los médicos y sobre todo de las enfermeras volvían a tener tozudeces y manías de niños" (2: 28).

En su estudio sobre el hombre norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial, Christina S. Jarvis señala que al soldado herido se le permite desarrollar una masculinidad más "fluida" en la que se consienten las muestras de ternura. Para esta investigadora, la mujer actúa como mediadora para que el enfermo recupere su masculinidad normativa (102). Las enfermeras son capaces no sólo de curar las heridas físicas de los soldados —y, por ende, de la nación—, sino también de ayudar a que cicatrice su lastimado orgullo masculino. En efecto, en la narración de *Champourcin*, la masculinidad "fluida" se aprecia cuando algunos enfermos manifiestan su miedo ante la llegada de los aviones y es Camino la que se debe mostrar fuerte y valiente. El temor de los heridos se relata de esta forma: "Era extraño, pero esos hombres que habían visto al enemigo tan de cerca y presenciado ya muchos combates, se amilanaban absurdamente ante las incursiones de la aviación. A muchos les aterraba no poder bajar al sótano [...]" (2: 29). Es como si el soldado que se encuentra herido hubiera perdido parte de su virilidad y arrojo al tener lesionado su cuerpo, en cierto modo como si hubiera sido castrado o hubiera regresado a su niñez.

Esta actitud recogida en el relato de *Champourcin* aparece confirmada en documentos reales. En varias cartas escritas por enfermeras norteamericanas que trabajaron como voluntarias en la Guerra Civil Española se expresa el terror que sentían los heridos ante los bombardeos. En una de ellas, Rose Freed llega a escribir que los enfermos españoles se encontraban en estado de histeria cuando oían los aviones (Nelson y Hendricks 245). Resulta significativo que se describa a los heridos de esta manera, ya que históricamente la histeria se ha solido considerar como una enfermedad propia sobre todo de las mujeres. Por eso, cuando el afectado era un hombre, se le diagnosticaba como poco masculino, afeminado o incluso homosexual, y se consideraba que sufría un retroceso en su evolución biológica, volviendo a una etapa animal o infantil (Showalter 323). Al incluir en sus textos ejemplos del

comportamiento infantil e histérico de los soldados, Champourcin y Urraca Pastor en cierto modo desafían la masculinidad militar, basada en valores como la valentía y la fuerza física.¹⁰

Urraca Pastor expresa de esta forma la infantilización de los enfermos: “aquellos HOMBRES [sic] fuertes y valerosos para la guerra, pero niños mimosos y juguetones en el Hospital, se duermen al fin...” (98). Como Champourcin, la autora carlista señala la necesidad que tiene el enfermo de atención femenina. Ella misma describe su trabajo de enfermera como una dedicación maternal: “[...] tintas mis pardas vestiduras con la sangre generosa de aquellos hombres a quienes hizo Dios la merced de caer heridos en el campo de batalla; guardando aún en mi pecho como en un relicario el último suspiro que (siempre a un mismo tiempo ofrecido a la madre de la tierra y a la Madre del Cielo) exhalan al morir los héroes de esta Cruzada [...]” (19-20). A través del uso de la retórica religiosa, Urraca Pastor asemeja su tarea a la de la Virgen María –la Madre por excelencia en el imaginario católico–, ya que como la Virgen hizo con Jesús, ella recoge en su regazo el postrer aliento del soldado herido. La conexión de la enfermera con la Virgen es algo que no se halla de manera explícita en el relato de Champourcin, donde se critica duramente la enseñanza religiosa. Ahora bien, Patricia Greene indica que en varios carteles republicanos se puede encontrar también imaginiería mariana (128).

Precisamente, una de las estrategias retóricas que utiliza Urraca Pastor para justificar su labor como propagandista carlista es la evocación de la imagen de la madre. Así lo hace cuando habla a los prisioneros republicanos de Sigüenza:

Yo soy simplemente una mujer cristiana que siente, piensa y habla de la misma manera que lo hacían vuestras madres; ¿no recordáis? Cada uno de vosotros ha tenido una madrecita buena (las madres españolas todas son buenas) que tal vez esté ahora llorando vuestra ausencia. Aquella madre “chapada a la antigua” que de niños os sentaba sobre sus rodillas, os contaba cuen-

tos, os enseñaba a rezar y os cantaba mientras dormíais en su regazo. (104)

Por tanto, la autora aparece ante los prisioneros no como una mujer del bando enemigo, sino como una figura sustitutoria de sus madres. Esta reducción de lo político e ideológico a lo familiar es una de las maniobras más comunes de los sublevados, y algo que caracterizará también al franquismo posteriormente. Por otro lado, al presentarse como madre, no supone una amenaza para el hombre, ya que enmascara el puesto relevante que está ocupando en el espacio público. Seguidamente, Urraca Pastor realiza un alegato a favor de la mujer:

Es tan corriente que los hombres desprecien el consejo de la mujer por considerarse ellos con una gran superioridad intelectual sobre nosotras. Pero no tienen en cuenta que aunque la mujer, y esto es muy corriente en España, posea menos cultura que el hombre, tiene una intuición instintiva para el peligro [...] que muchas veces la [sic] da esa claridad de juicio, gracias a la cual advierte a tiempo al hombre de los peligros que le amenazan. (105)

En este párrafo, la escritora carlista parece lamentarse de que la mujer no reciba la suficiente educación en España y de que los hombres la menosprecien por ello. Su defensa de la inteligencia femenina entra en contradicción con las ideas de sumisión y de inferioridad de la mujer que propagaba el discurso sublevado. Ahora bien, la autora encubre estas opiniones con la referencia a la intuición femenina en servicio al hombre. Se trata del tópico de la falsa modestia, ardid que la escritora —al igual que muchas mujeres de letras de períodos anteriores— se ve obligada a utilizar para que se le permita tomar la palabra en sociedad.¹¹ Así, si bien Urraca Pastor preconiza el sacrificio maternal para la mujer, esa retórica le sirve también para justificar su labor como propagandista y figura pública, algo que se le negaba a la mayoría de las mujeres de la época.

Aparte de atender maternalmente a los heridos, las protagonistas de las obras de Champourcin y Urraca Pastor a veces tienen que ocuparse de los pequeños huérfanos, a los que también prodigan su cariño. Por ejemplo, Camino ayuda a África en su refugio infantil, en el que se enseña a las niñas los dogmas republicanos. Su aprendizaje se ejemplifica en frases como la siguiente: "Al entrar Camino las niñas cantaban 'La Joven Guardia' y reconociéndola sonreían, saludándola con el puño en alto y un ademán alegre y desenvuelto que hacía unas semanas no conocían" (1: 60). Por lo tanto, los republicanos se apresuraban a educar a los niños en su ideología, ya que éstos iban a conformar el futuro de la nación. A pesar de esta enseñanza forzada, Champourcin apunta que la felicidad y la cordialidad reinaban en el refugio y que esos sentimientos no los habían podido experimentar las niñas anteriormente con las monjas.

Mientras que Champourcin no declara abiertamente la finalidad de la educación de los niños, Urraca Pastor, debido a que sus memorias le permiten más abiertamente la propaganda política, indica por qué es importante prestar atención a la enseñanza infantil: "[...] en estas escuelas en donde ya desde ahora se educan las nuevas generaciones en el amor a España, en el cumplimiento del deber y en el santo temor de Dios" (74). La autora señala explícitamente que esos niños son los futuros ciudadanos del país y que es necesaria su educación para que continúen rigiendo en la nación los principios tradicionalistas y la religión católica. Urraca Pastor llega a dedicar una sección, la titulada "Huérfanos de España", a analizar en detalle el asunto de los niños sin padres y las posibles soluciones a su situación. En sus argumentos al respecto se aprecia una contradicción, ya que por un lado, alude a la necesidad de la caridad cristiana hacia los huérfanos hijos de republicanos, "que no son ciertamente responsables de la maldad de sus padres", pero por otro lado, defiende que deben ser separados de los "huérfanos de los Cruzados" y enviados a preventorios y reformatorios para que olviden su origen (83-84).¹²

La visión de la mujer como ayudante y consuelo del hombre les lleva tanto a Champourcin como a Urraca Pastor a

rechazar la presencia femenina en el frente. La cuestión del papel de la mujer en primera línea de fuego fue origen de numerosas controversias durante la guerra. Hacia el otoño de 1936, las milicianas fueron obligadas por el gobierno republicano a dejar las armas, siguiendo la consigna "Hombres al frente, Mujeres a la retaguardia" (Nash, "La miliciana" 103). Como consecuencia, el progreso de la mujer durante este período puede describirse como una evolución circular. Así lo ve Shirley Mangini: "from repression to relative freedom and back to repression" (80). El hecho de que a la mujer no se le permita pelear más con un arma supone una vuelta a una concepción relativamente tradicional del género.

En el texto de Champourcin la participación femenina en el frente se describe de la siguiente manera: "A primera vista, los peatones que cruzaban las calles, detenidos continuamente por milicianos armados y hasta por milicianas cuyos moños flamantes y gorritos cuarteleros ponían en la densidad trágica del ambiente una nota de carnaval, eran todos proletarios" (2: 32). Este comentario, aunque pueda aludir de manera poética a la paradoja entre la gravedad del momento bélico y las ilusiones ingenuas de los milicianos, creo que demuestra que la autora considera inoperante la ayuda que las mujeres puedan ofrecer con las armas. El uso del sustantivo "carnaval" señala la falta de normalidad y la ruptura de las reglas tradicionales de la sociedad, algo que Champourcin, debido a su educación burguesa, critica en otros momentos de la narración. También la utilización del adjetivo "flamante" y del diminutivo de carácter despectivo "gorritos" apunta a la idea de que las milicianas veían la guerra como una fiesta o una aventura en la que poder lucirse y experimentar nuevas emociones. El propio título de la obra, *Mientras allí se muere*, refleja la intención de diferenciar el campo de batalla de la retaguardia: en el primero se lucha y se fallece, mientras que en la segunda se sobrevive. En la narración se busca, por tanto, alejarse del "allí" y describir la vida en el "aquí", lo que les sucede a las personas alejadas del frente, que no pelean físicamente, pero deben sufrir las consecuencias de la sinrazón de la guerra.

Precisamente una de las características que Janet Pérez señala como diferenciadoras en las novelas sobre la Guerra Civil escritas por mujeres es que la figura de la narradora generalmente adopta la perspectiva de los no combatientes; las autoras no están interesadas en reconstruir maniobras militares, sino en relatar lo que ocurre en la retaguardia y los efectos de la guerra sobre los niños y las familias (169). Por lo tanto, las escritoras parecen reflejar una experiencia más personal, la historia particular de los ciudadanos frente a la Historia de los grandes acontecimientos del conflicto bélico. Ahora bien, a pesar de esta separación entre el frente y la retaguardia, Tabea Alexa Linhard, siguiendo a Miriam Cooke, señala que la mujer a menudo considera frente de batalla lo que tradicionalmente se ha solido denominar retaguardia (5). Es decir, la mujer, aunque se encuentre alejada de la primera línea de fuego, puede pensar que su experiencia en la guerra es tan intensa como la del soldado, ya que como él, se enfrenta a los bombardeos y los ataques, y además, sufre penalidades como la escasez de víveres y en ocasiones incluso es violada por parte de las tropas enemigas.

Al igual que Champourcin, Urraca Pastor traza una línea divisoria entre el frente y la retaguardia, pero este mensaje que transmite, típico del discurso oficial de los sublevados, resulta contradictorio con su situación personal. En sus memorias indica que el puesto de la mujer se halla “en los hospitales, en los cuarteles, en los hogares donde quedan abandonados madres, esposas e hijos por los defensores de la Patria. También en el Templo” (22). Sin embargo, Urraca Pastor se encuentra en el frente, lo que justifica diciendo que su caso es una excepción y la consecuencia lógica de sus cinco años de propaganda antes del estallido de la guerra: “Yo voy a los frentes no por ser mujer, pues, como tal, poco sirvo. Voy porque quiero ser consecuente y es mi deber [...] estar junto a los hombres que por España dan su vida, de acuerdo con la doctrina, los principios y la única táctica que yo defendí y propagué en conferencias y discursos” (54). En esta cita, la autora neutraliza su condición femenina y, si antes se consideraba a sí misma como una madre, aquí se muestra orgullosa de presentarse como propagandista u oradora. A pesar

de ello, escribe que las otras mujeres en la retaguardia son las que realizan deberes ingratos y difíciles, mientras que su labor en el frente “es mucho más fácil” (54). Sin embargo, este discurso se contradice en otras páginas de sus memorias, donde precisamente es el frente el que se ensalza en oposición a la retaguardia:

Y cuento todo esto al lector, que lee mis memorias en el ambiente confortable de la camilla familiar, o en el café o el hotel, para que se dé cuenta del contraste que hay entre la vanguardia y la retaguardia... Entre la comodidad con que se sirve a España (cuando se la sirve) en la población y el frío, las privaciones y dificultades de todo orden que rodean a los heroicos combatientes que la defienden y la sirven en el frente.

Hay entre la retaguardia y la vanguardia una pugna natural e inevitable. De un lado, los que llevamos cuatro meses viviendo la vida de campaña [...]. De otro lado están aquellos que viviendo en la retaguardia, no siempre cumplen con su deber [...]. (86-87)

En estos fragmentos, a través del uso gramatical de la primera personal del plural, la autora proclama orgullosamente su pertenencia al grupo de los que luchan en primera línea de fuego. Esto demuestra que en las frases anteriores en las que restaba importancia a su labor utilizaba el tópico de la falsa modestia para justificar su propio papel en la guerra. En Urraca Pastor se encuentra el mismo fenómeno que se ha solido señalar en la vida de las líderes de la Sección Femenina de la Falange: existe una contradicción entre el disfrute por su parte del espacio público y la transmisión en sus discursos de los valores de la domesticidad y el espacio privado para la mujer (Labanyi 76).

La participación de Urraca Pastor en el frente de batalla tiene como consecuencia que en diversos momentos de sus memorias se rompan las divisiones tradicionales de género, lo que entraría en oposición con el discurso oficial franquista. Esto se aprecia en el relato hagiográfico que la autora realiza de otra enfermera que atiende a los soldados heridos. Al

principio se presenta a la enfermera como una figura celestial: “Y mientras preparaba vendas y apósitos, entre sonrisas y en medio del peligro, da de comer a una bandada de palomas que la siguen, dejándose acariciar por sus blancas manos, mientras sus labios rezan por los heridos a quienes ronda la muerte” (131). Ahora bien, más adelante esta misma enfermera adquiere ciertos rasgos masculinos. Se dice que recoge a los heridos y los lleva en brazos al interior del edificio y que posteriormente rompe su uniforme de enfermera para hacer vendas, se viste de requeté y llega a matar a sus palomas para dar de comer a los enfermos. Así, pasamos de una enfermera arquetípicamente idealizada, siguiendo la iconografía mariana, a otra fuerte, más activa y valiente. Es cierto que la idea de la abnegación femenina se mantiene, pero la enfermera se masculiniza por medio de sus acciones, su fuerza física y su cambio de ropa. En este sentido, Urraca Pastor parece seguir el modelo de las vidas de las mujeres guerreras que se vestían de hombre para luchar en el frente. De hecho, el sacrificio de esta Margarita, que se llama Agustina y es de Aragón —es imposible, por tanto, no establecer una conexión entre esta figura y la heroína homónima de la guerra de 1808—, llega a su apogeo con su muerte a manos de los republicanos.¹³ La masculinización de la enfermera en este relato entra en contradicción con la clara división genérica que la autora proclama en otros momentos de sus memorias y que el discurso de los sublevados (y de los republicanos) defendía durante la guerra.

Una situación semejante se halla en los momentos en que Urraca Pastor narra las privaciones y los ataques enemigos que debe soportar en el frente. Parece que se considera a sí misma casi como un soldado que se dedica a atender heridos antes que como una enfermera. Por ejemplo, cuando contempla a un grupo de carlistas, se identifica con ellos: “siento el inmenso orgullo de vestir vuestro uniforme y doy gracias a Dios por la merced que me otorgara al hacerme Carlista” (21). En esta frase la autora no alude a la organización femenina carlista a la que pertenece; no dice que se siente orgullosa de ser Margarita, sino de ser carlista. Más adelante, cuando describe la vida en los campos de batalla, se incluye

dentro del grupo de los soldados: “allí forzosamente todo ha de ser natural, fraterno, cordial aunque rudo, entre unos hombres que se hallan cara a la verdad [...]. Los que de tal manera vivimos nos hemos vuelto un tanto insociables, somos ásperos, rudos en la expresión de los conceptos [...]” (87). En esta cita, el uso verbal de la primera persona del plural indica la inclusión de la autora en la camaradería masculina. Además, los adjetivos con los que se califica a sí misma y a los soldados se refieren a cualidades tradicionalmente varoniles como la rudeza o la aspereza. En definitiva, esta masculinización discursiva de la autora se contradice con el ideal normativo de la enfermera como modelo de feminidad y ángel de los heridos.

En la obra de Urraca Pastor también se produce una incompatibilidad entre la entrega y la generosidad incondicionales que se esperan de la enfermera y el tono de orgullo y arrogancia que la autora utiliza para narrar sus experiencias. Incluso a veces da la sensación de que visita los frentes más como un miembro de la jerarquía del ejército franquista que como una mujer dedicada a cuidar a los heridos. Así, relata que al llegar a distintos campamentos los soldados la reciben con alegría, que preparan un banquete en su homenaje, o que le piden que les dirija unas palabras. Por otro lado, en su texto Urraca Pastor recoge algunas crónicas de periodistas sobre sus conferencias. Por ejemplo, de su charla pronunciada en Sevilla el 26 de febrero de 1937, el redactor declara que “fue tan enorme la concurrencia que llegó a reunirse que obligó a celebrar el acto en el gran patio central del edificio, desde uno de cuyos balcones habló María Rosa” (117). Uno se puede preguntar por qué la autora decide incluir en su obra artículos en los que otros la ensalzan y atestiguan su popularidad, y seguramente se concluirá que se siente orgullosa de su labor y notoriedad y desea dar pruebas de ello en un momento en que las Margaritas han perdido el protagonismo frente a la Sección Femenina. De nuevo, la actividad pública y la fama que proclama Urraca Pastor no concuerdan con el modelo de feminidad abnegada y subordinada al hombre que propone el franquismo. Su individualidad entra en contradic-

ción con el sacrificio silencioso que el bando sublevado considera esencial en la mujer.

Ernestina de Champourcin también desestabiliza el discurso oficial republicano al desmitificar la guerra y crear una protagonista que padece accesos de melancolía y que en diversos momentos realiza su labor con falta de entusiasmo. Camino, como su propio nombre indica, es una joven huérfana que está intentando descubrir su lugar en el mundo y que aún no ha encontrado un claro objetivo en la vida. De hecho, se la describe como “infantil y vacilante” (1: 61). Por un lado, se dice que Camino parece hallar una salida a su falta de rumbo a través del trabajo en el hospital. Así lo confirma ella misma: “Hoy por hoy el hospital me llena de tal modo que no echo de menos a nadie. Si nadie me lo recuerda, olvido allí toda mi soledad” (1: 62). Ahora bien, más adelante se señala justo lo contrario: “aun hablando con sus heridos se sentía completamente sola porque se daba a ellos por entero” (2: 26). Por lo tanto, se debe concluir que, a pesar de su voluntad y sacrificio atendiendo a los heridos, la protagonista no resulta un ejemplo de enfermera perfecta.

La falta de entusiasmo de Camino se puede hallar en otros momentos de la narración. Por ejemplo, cuando lleva al hospital a las niñas enfermas de los ojos, lo hace sin el ánimo que se espera de una enfermera modelo: “Camino las acarició con gesto forzado; el tracoma era un fantasma al que tenía miedo y sólo por conciencia del deber y afán de dominarse, ayudaba en días de excesivo trabajo a los oculistas” (1: 62). En esta cita la protagonista parece preocuparse más de sí misma y de un posible contagio que de las niñas. De esta manera, aunque la labor de Camino como enfermera confiere un sentido a su vida, se puede entender como una salida a sus preocupaciones personales. Esto se aprecia en el hecho de que mientras trabaja, sucumbe a momentos de melancolía y ensoñación. La ventana de la sala del hospital en la que atiende a los heridos es el medio a través del cual Camino da rienda suelta a su imaginación y consigue huir de la realidad que le rodea: “El paisaje que ofrecía esa ventana era también diferente. Mirar por ella era escaparse un poco hacia el mundo, salir fuera del hospital, de los heridos y, para algunos, hasta

de la guerra; reconocer que aún quedaban otras cosas menos crueles y menos profundas, cosas a las que se podía ir sin temor a desgarrarse en ellas la carne y el alma” (2: 25).

La tristeza de tipo existencial que sufre Camino es una de sus características principales, como lo demuestra el hecho de que se represente en la única ilustración que acompaña a las dos narraciones de Champourcin (fig. 1).



MIENTRAS ALLÍ SE MUERE

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Fig. 1. Ilustración realizada por Ramón Gaya para “Mientras allí se muere” (1938), de Ernestina de Champourcin, en la revista *Hora de España*.

El dibujo, realizado por Ramón Gaya, se incluye en el fragmento publicado en *Hora de España* y aparece justo encima del título. Joy Landeira menciona esta ilustración en su estudio sobre Champourcin –sin indicar el autor–, pero no resulta acertada en su descripción, ya que, según ella, se trata de “un dibujo de perfil de una niña de trenzas durmiendo en una almohada” (156). En mi opinión, aunque es cierto que la imagen resulta ambigua, representa a la protagonista de la obra, Camino, que no está durmiendo, sino mirando a través de la ventana del hospital, abstraída en sus pensamientos,

como lo prueba el hecho de que su mejilla y barbilla reposen sobre una de sus manos. En vez de mostrar la dedicación de Camino a sus pacientes, Gaya desea resaltar la personalidad compleja y melancólica de la protagonista. Así, la imagen contradice la construcción ideal de la enfermera como activa participante en la guerra. Champourcin decide crear un personaje individual antes que un tipo; una mujer que es capaz de entregarse a la causa social, pero que se encuentra abrumada por su situación personal y por las consecuencias concretas y cotidianas de la guerra.

No es sólo en la protagonista en la que se aprecian fisuras de la figura modélica de la enfermera, ya que en un momento de la narración la autora expone que las razones por las que las otras jóvenes se ofrecían como voluntarias en el hospital no siempre eran altruistas: “[...] aquella mezcla de filántropas *dilettantes*, de mujeres e hijas de políticos, que trabajaban por afán de ayudar unas, y otras simplemente por ponerse a tono o por ser la fundadora del hospital Susana Ribera de Alcaide, esposa de un alto personaje” (2: 31).¹⁴

Mientras allí se muere y Así empezamos resultan dos obras relevantes dentro de la producción literaria durante la Guerra Civil Española porque, a pesar de sus diferencias estilísticas e ideológicas, revelan a través de sus protagonistas femeninas el destacado papel que las enfermeras llevaron a cabo. En este sentido, Champourcin y Urraca Pastor muestran a unas enfermeras que resultan ser más fuertes de lo que en un primer momento se podría esperar de una figura femenina tradicional, ya que si bien realizan una labor de servicio al hombre como transposición de su función de entrega en la familia, también es cierto que los heridos dependen en gran medida de ellas, y son ellas su punto de apoyo y las que a menudo se comportan más valientemente que los hombres, por ejemplo en los momentos de bombardeo. De esta manera, frente a la historia patriarcal que disminuye la relevancia del papel femenino en la guerra, ambas escritoras reivindican la labor esencial de la enfermera.

Champourcin y Urraca Pastor construyen una imagen de la enfermera que en bastante medida se adecúa al modelo normativo de feminidad. Así, las enfermeras de sus textos

poseen cualidades como la paciencia y la abnegación y se identifican con la figura de la madre, ya que constituían para el soldado herido una reminiscencia del hogar. A través de esta asociación, las dos escritoras eliminan todo componente corporal o sexual de sus personajes femeninos y se enfocan en sus vivencias emocionales y espirituales. Ahora bien, la apelación al instinto maternal les permite a ambas autoras incluir en sus obras rupturas respecto a la concepción de feminidad que prevalecía durante la guerra. De esta manera, el modelo ideal de la enfermera abnegada se contradice en *Champourcin* con los momentos de melancolía que padece la protagonista, y en *Urraca Pastor* con su masculinización al identificarse con los soldados y con su orgullo como oradora y figura pública. En los relatos de *Champourcin*, al presentar a Camino como una joven con dudas y problemas personales y al indicar que no todas las voluntarias en el hospital lo eran por razones desinteresadas, no sólo se desestabiliza el modelo de feminidad tradicional, sino también el discurso político que supuestamente representa.

En definitiva, al escribir sus textos en torno a las enfermeras durante la Guerra Civil Española, *Champourcin* y *Urraca Pastor* reivindican el protagonismo de una labor que histórica y narrativamente ha sido desdeñada a favor de las grandes batallas o de las experiencias masculinas en el frente. Las numerosas contradicciones que se hallan en ambas obras demuestran las complejas relaciones que existen entre los discursos políticos oficiales y la realidad de la mujer en períodos de guerra.

NOTAS

1. El hecho de que para cuidar a los enfermos se hayan solido considerar necesarias cualidades asociadas tradicionalmente a la mujer como la comprensión y la ternura provoca que incluso hoy en día se cuestione la masculinidad del hombre que trabaja como enfermero (Almansa Martínez, pár. 4).
2. Para un análisis de la obra de Villarín, véase en *Revista Internacional de Estudios Vascos* mi artículo sobre la novela rosa durante la Guerra Civil Española.

3. La revista *Hora de España* aparece por primera vez en enero de 1937 y desaparece en octubre de 1938. Se la suele considerar como la de mayor valor literario e intelectual de las publicadas durante la guerra. En sus páginas se haya ideología política republicana, pero manifestada sin extremismos ni dogmatismos (Villar Décano 175). En opinión de Rafael Osuna, muchos de sus colaboradores no llegaron a identificarse totalmente con las reivindicaciones del pueblo (143). Sin embargo, Francisco Caudet considera que fue una revista al servicio de la causa popular, entre otros motivos porque algunos de sus redactores se incorporaron al frente (25). Lo que es cierto es que se diferencia de otras publicaciones republicanas más populares como *El Mono Azul*.

4. Champourcin fue una de las fundadoras de la revista *Rueca* en México, junto a Carmen Toscano, María Ramona Rey, María del Carmen Millán, Pina Juárez Frausto y Emma Saro. Según Champourcin, fue Alfonso Reyes el que sugirió el título, bastante tradicional, de la publicación (Villar 13).

5. Champourcin sólo escribió en prosa la novela *La casa de enfrente* (1936), *Mientras allí se muere* (1938, 1941) y *La ardilla y la rosa* (*Juan Ramón en mi memoria*) (1981). Asimismo, comenzó una novela titulada *Días de olvido*, pero la quemó cuando llevaba escritas cien cuartillas. Champourcin siempre rechazó su prosa literaria, considerándola como un error de la juventud o como una "cosa absurda" (*La ardilla* 64).

6. La mujer tradicionalista, además de ser católica, debía ser monárquica. De hecho, el lema de la Comunión Tradicionalista era "Dios, Patria, Rey y Fueros". La Margarita tenía un protagonismo especial en cuatro campos: la educación, la caridad, el culto y la propaganda (Carrionero Salimero 190). Respecto a este último aspecto, se le pedía que protagonizara una cruzada espiritual, en la que Urraca Pastor destacó de manera especial.

7. Mercedes Ugalde señala que en 1948 un dibujante catalán llamado Miguel Bernet ("Jorge"), que rechazaba las ideas políticas de Urraca Pastor y la participación femenina en el ámbito público, se basó en ella para crear un personaje de cómic con el nombre de "Doña Urraca". Este personaje tenía como características "la fealdad, la carencia de rasgos y atractivos sexuales, la astucia destructiva y la constante frustración en sus impulsos sádicos" (Ugalde 432). Es relevante apreciar que en el ámbito liberal, al igual que en el conservador, se utilizan los mismos recursos retóricos de maldad y sexualidad no normativa para criticar a la mujer.

8. Por su carácter confortador, la sonrisa se consideraba principalmente una cualidad femenina. De esta manera, cuando Ernesto Giménez Caballero alude a la sonrisa de Franco en un

artículo de 1938, le identifica con la Virgen: "La sonrisa de Franco ha conquistado a España. [...] La sonrisa de Franco tiene algo de manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez..." (cit. Basilio 183). Además de apuntar la capacidad semidivina del Caudillo, en esta cita Giménez Caballero enfatiza rasgos femeninos de la sonrisa como la comprensión y el cariño.

9. Al describir el prototipo de la enfermera ideal, el doctor franquista Antonio Vallejo Nágera destacaba también el atractivo físico: "la dama enfermera de guerra debe tener figura corporal bien proporcionada, exenta de defectos físicos, preferentemente bella, porque la belleza del cuerpo suele unirse a la nobleza del alma" (cit. Almansa Martínez, p. 31). A pesar de la explicación que se nos ofrece para justificar la hermosura de la enfermera, uno se pregunta si en realidad ésta debía ser guapa porque cuidaba a pacientes varones.

10. Es común que en los conflictos bélicos haya soldados que sin presentar heridas físicas padezcan de histeria como consecuencia de las experiencias traumáticas en el frente. En estos casos, al carecer de lesiones visibles, la masculinidad y el patriotismo de los soldados se suelen poner incluso más en duda (Leese 52). De hecho, Sigmund Freud hallaba como explicación a las neurosis que sufrían los soldados su temor inconsciente a perder la vida o su rechazo involuntario a las órdenes militares (212).

11. En esta misma charla a los presos republicanos Urraca Pastor utiliza también la metáfora de la madre patria, propia de las ideologías nacionalistas: "España necesita de todos sus hijos. La habéis hecho un gran daño, pero ella es una madre generosa" (111). En referencia a estas frases, Frances Lannon indica que Urraca Pastor buscaba la justicia social para los pobres y la reconciliación nacional después de la guerra, dando a entender que ella tenía ideas más avanzadas que el régimen franquista (83). En mi opinión, hay que diferenciar el significado literal de las palabras de la intención de las mismas. Lo cierto es que en el resto del libro Urraca Pastor no escatima las duras críticas al bando contrario, lo que hace que el discurso anterior del perdón se tenga que relativizar.

12. El gobierno franquista trató de muy diversa manera a los huérfanos de sublevados y de republicanos. Los primeros recibieron becas y pensiones, mientras que los segundos, aparte de no percibir estos beneficios, tuvieron que ocultar durante años por qué murieron sus padres, e incluso tuvieron que esconder sus fotos (Pàmies 17-18). Además, los huérfanos republicanos sufrieron un fuerte adoctrinamiento ideológico, que comenzaba con su bautismo bajo lemas como "Más niños para Dios y para España" (Cenarro 160-61).

13. Agustina de Aragón (Reus, 1786-Ceuta, 1857) fue una de las figuras más representativas de la resistencia del pueblo español contra las tropas francesas durante la llamada Guerra de la Independencia. Tanto los republicanos como los sublevados recurrieron a la guerra de 1808 para presentarla como un paralelismo histórico respecto a la guerra civil española (Álvarez Junco 145). En el relato de Urraca Pastor, al identificar a los republicanos con los invasores franceses de 1808, se pretende mostrar a los republicanos como extranjeros y a los franquistas como los únicos verdaderamente españoles. No en vano los sublevados se apropiaron del término “nacionales” para referirse a sí mismos.

14. En otros conflictos bélicos también hay testimonios de que algunas enfermeras voluntarias provenientes de la alta clase social sólo veían su trabajo como un pasatiempo. En su estudio sobre Francia durante la Primera Guerra Mundial, Margaret H. Darrow analiza cómo estas “falsas” enfermeras fueron duramente criticadas por los medios públicos (97).

OBRAS CITADAS

- Almansa Martínez, Pilar. “La formación enfermera desde la Sección Femenina.” *Enfermería Global* 7 (2005): sin pag. 15 Jul. 2008. <http://www.um.es/ojs/index.php/eglobal/article/viewFile/484/468>.
- Álvarez Junco, José. *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.
- Ascunce, José Ángel. “Ernestina de Champourcin a través de sus palabras.” *Ínsula* 557 (1993): 22-24.
- Basilio, Miriam. *Re-Inventing Spain: Images of the Nation in Painting and Propaganda, 1936-1943*. Diss. New York U, 2002.
- Carrionero Salimero, Florencia, Antonio Fuentes Labrador, M^a Ángeles Sampedro Talabán y M^a Jesús Velasco Marcos. “La mujer tradicionalista: las Margaritas.” *Las mujeres y la Guerra Civil Española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 1991. 188-201.
- Caudet, Francisco. *Hora de España: Antología*. Madrid: Turner, 1975.
- Cenarro, Ángela. *La sonrisa de la Falange: Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Champourcin, Ernestina de. *La ardilla y la rosa: Juan Ramón en mi memoria*. Huelva: Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1996.

- _____. "Mientras allí se muere (Fragmento de novela)." 1938. *Hora de España*. Vol. 4. Vaduz: Topos Verlag, 1977. 55-67.
- _____. "Mientras allí se muere (Fragmentos)." *Rueca* 1 (1941): 25-34.
- Chodorow, Nancy. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: U of California P, 1978.
- Darrow, Margaret H. "French Volunteer Nursing and the Myth of War Experience in World War I." *The American Historical Review* 101.1 (1996): 80-106.
- Elshtain, Jean Bethke. *Women and War*. New York: Basic Books, 1987.
- Espina, Concha. *Princesas del martirio*. Ilustr. Rosario Velasco. Barcelona: Armíño, 1940.
- Freud, Sigmund. "Memorandum on the Electrical Treatment of War Neurotics." *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*. Vol. 18. London: Hogarth P, 1955. 211-16.
- González-Allende, Iker. "La novela rosa de ambientación vasca e ideología franquista durante la guerra civil española." *Revista Internacional de Estudios Vascos* 50.1 (2005): 79-103.
- Graham, Helen. "Women and Social Change." *Spanish Cultural Studies. An Introduction: The Struggle for Modernity*. Ed. Helen Graham y Jo Labanyi. New York: Oxford UP, 1995. 99-116.
- Greene, Patricia V. "Testimonio visual: Iconografía femenina en los carteles en la Guerra Civil." *Letras Peninsulares* 11.1 (1998): 119-43.
- Icaza, Carmen de. *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*. Madrid: Castalia, 1991.
- Jarvis, Christina S. *The Male Body at War: American Masculinity during World War II*. DeKalb: Northern Illinois UP, 2004.
- Labanyi, Jo. "Resemanticizing Feminine Surrender: Cross-Gender Identifications in the Writings of Spanish Female Fascist Activists." *Women's Narrative and Film in Twentieth-Century Spain*. Ed. Ofelia Ferrán y Kathleen M. Glenn. New York: Routledge, 2002. 75-92.
- Landeira, Joy. *Ernestina de Champourcin: Vida y literatura*. El Ferrol: Sociedad de Cultura Valle-Inclán, 2005.
- Lannon, Frances. *Essential Histories: The Spanish Civil War, 1936-1939*. Osceola: Osprey, 2002.
- Leese, Peter. *Shell Shock: Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*. New York: Palgrave Macmillan, 2002.
- Linhard, Tabea Alexa. *Fearless Women in the Mexican Revolution and the Spanish Civil War*. Columbia: U of Missouri P, 2005.

- Mangini, Shirley. *Memories of Resistance: Women's Voices from the Spanish Civil War*. New Haven: Yale UP, 1995.
- Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos de la postguerra española*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- Martínez Martín, M^a Ascensión. "Las organizaciones femeninas en el País Vasco: una doble Guerra Civil." *Las mujeres y la Guerra Civil Española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 1991. 248-55.
- Mosse, George L. *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*. New York: H. Fertig, 1985.
- Nash, Mary. "La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista." *Las mujeres y la Guerra Civil Española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 1991. 97-108.
- _____. *Rojas: Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus, 1999.
- Nelson, Cary, y Jefferson Hendricks. *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*. New York: Routledge, 1996.
- Osuna, Rafael. *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*. Valencia: Pretextos, 1986.
- Pàmies, Teresa. *Los niños de la guerra*. Barcelona: Bruguera, 1977.
- Pérez, Janet. "Behind the Lines: The Spanish Civil War and Women Writers." *The Spanish Civil War in Literature*. Ed. Janet Pérez y Wendell Aycock. Lubbock: Texas Tech UP, 1990. 161-74.
- Showalter, Elaine. "Hysteria, Feminism, and Gender." *Hysteria Beyond Freud*. Berkeley: U of California P, 1993. 286-344.
- Ugalde Solano, Mercedes. *Mujeres y nacionalismo vasco: Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza (1906-1936)*. Bilbao: U del País Vasco, 1993.
- Urraca Pastor, María Rosa. *Así empezamos: Memorias de una enfermera*. Bilbao: La Editorial Vizcaína, 1939.
- Villar, Arturo del. "Ernestina de Champourcin." *La Estafeta Literaria* 556 (1975): 10-15.
- Villar Dégano, Juan F. "Ideología y cultura en *Hora de España* (1937-1938)." *Letras de Deusto* 16.35 (1986): 171-99.